

reció un hombre á nuestra espalda que dijo con tono imperioso.

—¿Que hacen vds. aquí?

—El jefe! exclamó uno de mis guardianes.

Ya no hubo recurso alguno: fuí encerrado en aquella cárcel húmeda y sombría, en el galeron abovedado donde se encontraban todos los infelices consignados á las cortes marciales.

El carcelero que era un sargento de grandes bigotes, con una cicatriz en la cara, abrió un calabozo que estaba á la izquierda del porton, me empujó allí sin decirme una palabra y en seguida echó los cerrojos....

con mis conductores, el recurso de la seducción, ofreciéndoles hasta lo que no podía cumplir; pero solo uno de ellos se mostro flexible. A pesar á la violencia era imposible porque no estaba armado.

Al hacer á la prision hice otro impulso que tambien me salió fallido. Cuando llegamos á una galería enteramente solitaria, próxima á la puerta de hierro que habia de cerrarse tras de mí con pesados cerrojos, me detuve resacastrado. ~~Los señores con uno de aque-~~ llos hombres que se habia manifestado en mi favor.

—Apar lo arrebatares por bien ó por fuerza, los hijos...

Se carpiaron ambas algunas palabras en secreto y me dijo uno de ellos.

—Esta bien, vámonos arreglando.

Tomé mi reloj de oro con todo y cadena, recojí de mis bolsillos cuanto dinero llevaba, me apuré del debo una sortija, é iba á entregársela todo esto, cuando apa-

posición para disputárselo. El Benito, que era como se le llama en algunos con fines, se abstuvo de salir en el Tercio del Norte y desde allí espedito con el jefe, con sus guardias y comandantes, se retiró con el jefe, dejando al azar que se celebrase las combates de la campaña.

Al coronel Juan Coronado lo hizo general y le dio facultades para hacer la guerra en los Estados de Occidente, autorizada que también tuvieron los señores V. G. Pasquán, Garza Flores y otros que como señores que habian en el momento en que el general D. Tomás O'Garra lo nombró general en jefe del ejército del centro en los momentos en que...

CAPITULO XXIII.

ASPECTO GENERAL.

El general Estrella de la Cruz, expedicionario por el Norte del Estado de Jalisco, recorrió la situación que guardaba el país en esos momentos para que se comprendan las demás peripecias que yo presencié, y que son las únicas de que me constituyo responsable al ir las refiriendo.

Don Benito Juárez, el Presidente de la República que tan fácilmente había abandonado su capital sin defensa, perdiendo en la retirada todos los elementos de guerra con que contaba el gobierno, no quiso abandonar de la misma manera aquel puesto, ni erizado de peligros y dificultades como se encontraba: léjos de eso, empuñó las riendas del poder con más fuerza, desde que vió que habia alguno que tenia buena dis-

posicion para disputárselo. D. Benito, que era como se le llamaba entónces con llaneza republicana, se estableció en el Paso del Norte y desde allí espedia cuantos nombramientos de gobernadores y comandantes militares iban á pedírsele, dejando al azar que estableciera las combinaciones de la campaña.

Al coronel Ramon Corona lo hizo general y le dió facultades para hacer la campaña en los Estados de Occidente, autorizacion que tambien tuvieron los generales Vega, Pesqueira, García Morales y otros muchos como Rosales que figuraban en menor escala.

Al general D. Pedro Ogazon lo nombró general en jefe del Ejército del centro en los momentos en que este ya no existia. Salazar y Arteaga que eran sus jefes habian sido derrotados, hechos prisioneros y fusilados por el jefe imperialista Mendez.

El general García de la Cadena, expedicionaba por su cuenta en el Norte del Estado de Jalisco, recorriendo esa gran zona que le permitia hacer una campaña ventajosa sobre el Estado de Zacatecas. Es decir, daba y recibía golpes segun los tiempos, casos y oportunidades.

Los generales Régules y Riva Palacio habian logrado no solo mantener un buen grupo de fuerzas en los Estados de Michoacan y Valle de México, sino que se les atribuía hechos de armas que estaban contribuyendo mucho á reanimar el valor de los defensores de la patria.

El general Porfirio Diaz, habia vuelto á aparecer en Oriente, y sus armas habian adquirido triunfos tan gloriosos como el de la Carbonera.

Los jefes de guerrilla se habian multiplicado de tal suerte que no habia dia en que los diarios del imperio dejaran de publicar un triunfo de las armas imperialistas, lo cual nos probaba cuando ménos que se estaban librando muchos combates y que era ya considerable el número de los combatientes.

Las leyes del terror impedian que los liberales pudieran publicar por su parte las noticias que recibian; pero esas mismas prohibiciones, esa tiranía misma, daban mayores proporciones á las noticias que circulaban de boca en boca. La gente, deseosa como estaba de emociones, adulteraba los hechos con todas las hipérboles de una imaginacion exaltada, y se tomaban los partes que aparecian en los diarios imperialistas para comentarlos desfavorablemente y sacar de allí las consecuencias de una situacion bonancible para la República. Todos esos partes de derrotas que publicó el imperio, se tomaban al revés, y muchas veces se acertó haciendo uso de ese sistema, pues que no siempre los intervencionistas fueron fidedignos al dar cuenta de los hechos de armas que sostenian con las *chusmas* republicanas.

Sea como fuere, el espíritu público era favorable enteramente á la revolucion, tanto como al principio le habia sido adverso por la facilidad sin duda con que se fueron poniendo todos los elementos de la República en manos del enemigo. El sentimiento del patriotismo se había ido embotando y todos querian ya que gobernara un emperador ó un demonio cualquiera, con tal de que se restableciera la seguridad en las poblaciones y en los caminos, y con tal de que los hombres

de trabajo pudieran dedicarse tranquilamente á sus ocupaciones.

Al comenzar la intervencion á establecer su dominio en el país, despues de haber alcanzado los más fáciles triunfos, pocos fueron los que quedaron con un átomo de fé siquiera dentro del cuerpo y por eso se aumentó tan prodigiosamente el número de los hombres que traicionaron á su patria. No era posible que en todos existiera el nervio que se necesita para sufrir las persecuciones ó para alimentarse con las esperanzas. Muchos se figuraron que era ya imposible á la República rehacerse, y aunque con gran pena y tal vez con gran remordimiento, fueron á doblar las rodillas delante del Emperador.

Entre los caudillos republicanos á quienes habia tocado la buena fortuna de encontrarse con nuevos y favorables vientos despues de la deshecha tormenta que habia ocasionado tantos naufragios, se contaba el general Corona, que habia logrado reunir en torno suyo á muchos jóvenes valientes, á muchos militares experimentados y á hombres que conocian al dedillo el sistema de inquietar el enemigo con guerrillas. Entre los primeros estaban Granados, Salmon, Dávalos, Saavedra, Palacios y Toledo. Entre los segundos estaban Márquez, Correa, Escudero, y Donato Guerra, y entre los guerrilleros de nombradía, se encontraban Angel Martinez, Parra, Tolentino y tantos otros que sabian manejar lijeros trozos de caballería con una audacia y una prontitud sin ejemplo, causando verdaderos destrozos á cualquiera columna enemiga que se aventuraba á entrar en los lugares que ocupaba el

ejército republicano. Con esos elementos y la ambicion que tuvo Corona por distinguirse en aquella guerra, manejados los primeros con cierta habilidad y detenida la segunda en sus justos límites, pudo conservarse por toda aquella época, mientras que otros que pudieron ser sus competidores ó se gastaron ó murieron.

Conocidos son los principales hechos de armas en que brillaron gloriosas las águilas mexicanas como la batalla de San Pedro ganada por Rosales, el combate de Palos Prietos en que Jorge Granados se dió á conocer como un héroe á los amigos y á los enemigos, las escaramuzas que tuvieron gran prestigio en Veranos, los récios encuentros que se verificaron en Michoacan, el asalto dado por las fuerzas de Riva Palacio á Zitácuaro, la epopeya que comenzó en las costas de Tehuantepec, pasando asoladora por Oaxaca y la Carbonera hasta ir á esperar el 2 de Abril en los alrededores de Puebla.

Todos estos sucesos que habian venido como encadenados uno tras otro, infundieron el mayor ánimo en el espíritu público, el que cobraba mas y mas brío á medida que iba viendo retroceder á los franceses.

Luis Napoleon comenzaba á tener grandes dificultades en su propio imperio y ya poco se cuidaba de seguir atendiendo á su lejana y descabellada empresa de hacer la nueva conquista de México en pleno siglo XIX. No sólo no mandaba ya refuerzos, sino que parecia que abandonaba á sus ejércitos, ocupándose poco en salvarlos. Si no hubiera sido por la gran disciplina de las tropas de ocupacion que vinieron á Mé-

xico y la inteligencia con que fueron manejadas por su jefes, no hubiera salido ni un hombre vivo de en medio de nuestros desfiladeros.

La retirada, pues, de las tropas francesas que se veía iban haciendo paulatinamente de los Estados más lejanos, hizo comprender al pueblo mexicano que Napoleón desistía de su empresa. Era el momento de lanzarse de nuevo á la lucha para librarse más pronto de los invasores. Por donde quiera se repetían diariamente los hechos de armas y fué el tiempo en que corrió por nuestros campos con mayor abundancia la sangre francesa. Indudablemente más de la mitad del ejército francés quedó sepultado entre nuestros bosques y campiñas, en aquellos tres meses empleados en la desocupación.

Entonces fué cuando el general D. Julio García cumplió su palabra. Había jurado vengar la muerte de su amigo y antiguo compañero Antonio Rojas y después el haber logrado evadirse de Guadalajara, consiguió reunir una guerrilla de treinta hombres, con la cual entró á las posesiones de su antiguo Estado.

El contra-guerrillero Berthelin que parecía un buen perro de presa, se lanzó en pos de D. Julio García seguro de poderlo destrozar prontamente; pero aquel conocía bien el terreno y estuvo burlando por algún tiempo la tenaz persecución del guerrillero francés.

Se decía en todos los pueblos del Sur de Jalisco que Berthelin era mil veces más bandido que Rojas, Rochin y Simon Gutierrez juntos, aventajando á todos en crueldad y en infamia. Se contaban en más de quinientas las víctimas que había hecho en sus corré-

rias, habiendo días en que mandaba fusilar á cuantos mexicanos encontraba, sin importarle que fueran del partido que fueran, como si pura y simplemente se hubiera propuesto concluir con la raza.

No solamente era el terror de todas aquellas poblaciones por donde pasaba, sino que se le veía como á un monstruo salido del averno.

Cuando D. Julio García se consideró bastante fuerte para tener un encuentro con Berthelin, él mismo salió á buscarlo, aunque sin lograr sorprenderlo como se proponía. Aquel guerrillero francés siempre estaba con el ojo abierto; algunos mexicanos que anduvieron con él le llamaron la Avispa.

El choque fué terrible entre los dos guerrilleros, pero D. Julio García salió victorioso, logrando dividir en dos á Berthelin de un sablazo dado con el aplomo y la maestría que él acostumbraba en el ataque al arma blanca.

Al saberse la muerte de Berthelin en los pueblos de Jalisco y Colima, se quería levantar un altar á D. Julio García para triburarle en él adoración. Tanto así les entusiasmó la desaparición del bandido francés y tan agradecidos así quedaron al que consideraban como el brazo de la Providencia para librar á la humanidad de semejante monstruo.

Corona más desahogado en Sinaloa, ó mejor aún, queriendo separar á los jefes Parra y Martínez que habían tenido una seria desavenencia, mandó al primero con algunas fuerzas á que expedicionara en el Estado de Jalisco.

Lozada, el terrible tigre de Alica, que al principio

se había manifestado tan partidario del Imperio, había arriado banderas replegándose á su pueblo de San Luis: Lozada se había declarado neutral, exigiendo en cambio ser respetado por los beligerantes.

Desde ese momento se tuvo libre el camino de Tepic pues Lozada solia ser á veces esclavo de su palabra. Por allí venian refuerzos de Sinaloa á Jalisco, y por allí se cruzaban los correos de los republicanos.

El coronel Eulogio Parra que llegó á los pueblos de Jalisco con ménos de 400 hombres, fué saludado con entusiasmo y vió que sus filas se engrosaban no solo con tropas, sino hasta con jefes de importancia. En poco tiempo pudo tener organizados unos ochocientos hombres, teniendo á sus órdenes jefes tan bravos y tan distinguidos como Donató Guerra, Tolentino, Saavedra, Bibiano Hernandez y otros.

En fin, la República no estaba triunfante, pero contaba con mejores perspectivas. Ya no habia en lo sucesivo que combatir mas que contra el ejército mercenario extranjero que iba á quedar á las órdenes de Maximiliano y con las tropas mexicanas imperialistas. Los franceses que eran los mas temibles de todos, habian recibido órdenes para retirarse: al ménos esto era lo que se sospechaba al verse el período de debilidad en que habia entrado el imperio.

Esta era, poco más ó ménos, la situacion en los últimos meses de 1866.

CAPITULO XXIV.

UN MES DE MARTIRIO.

Apenas habia entrado en el calabozo, cuando me sentí abrazado por algunas personas: no estaba solo, luego que logré acostumbrarme á aquella luz opaca, pude ver allí á Celso Ceballos y á otras personas decentes hasta el número de siete por todas.

Estos calabozos de la Penitenciaría de Guadalajara, contruidos para que los ocupe una sola persona, no pueden prestar espacio para que quepan siete, de manera que teniamos que acostarnos, casi unos sobre otros. Se permitió que entrase solo un catre, que ocupábamos por turno, durmiendo los demas en el suelo.

El haber hecho llegar nuestro número á siete, del